

Félix Urabayen: el centenario de un novelista navarro olvidado

IGNACIO ELIZALDE

Félix Urabayen nació el 10 de junio de 1883, hace ahora cien años, en el pequeño pueblo navarro de Ulzurrun. Fue de familia humilde que tuvo otro hijo, Leoncio, historiador y profesor de Pamplona. Escritor, novelista y narrador escasamente conocido, es uno de los mejores prosistas de la generación literaria de la preguerra.

Aparece en la literatura española, en uno de sus momentos de esplendor. Todavía estaba vigente la Generación que Gómez de Baquero llamó de 1868: Valera, Pereda, Pérez Galdós y la siguiente de Pardo Bazán, «Clarín», Palacio Valdés, Blasco Ibáñez y otros. La Generación de 1898 estaba en pleno desarrollo. También entonces comienzan los que Díez Canedo apodó «los epígonos del 98», próximos a la generación célebre, rezagados y seguidores, en algún modo, de su ideario y estilo. Los más representativos de este grupo podían ser: Pérez de Ayala, Gabriel Miró y Félix Urabayen.

Su vida

Félix Urabayen nace cinco años después que Gabriel Miró y únicamente cuatro después de Pérez de Ayala. Es el período de 1864 a 1884, en el que nacieron los escritores que brillaron en el primer tercio del siglo XX: Ganivet, Unamuno, Baroja, Azorín, Valle-Inclán, Antonio Machado, Miró, Pérez de Ayala y Ortega y Gasset.

Aunque de familia modesta, su padre se distinguió por los servicios prestados en las fuerzas del bando liberal, en la segunda guerra carlista. Ayudante de confianza del general Morillonés, quisieron darle, al final de la guerra, el rango de coronel. Pero no quiso aceptar ninguna concesión del enemigo. Después de la guerra, la familia se trasladó a Pamplona, siendo su padre empleado de la Diputación Foral.

Su padre tuvo gran preocupación por la educación de los hijos Félix y Leoncio. Ambos tuvieron la suerte de asistir a la escuela pública de uno de los

mejores maestros de Pamplona, don Félix Serrano Zabala¹. Este maestro iba a influir en la formación del futuro escritor.

Era un muchacho alegre y social, de corta estatura, de aspecto enfermizo por su delgadez, pero en realidad, sano, ingenioso y de buena memoria, estudioso y aficionado a leer, de una gran hipersensibilidad, con una indomable independencia que muchos interpretaban como soberbia. Devoraba novelas y cuentos, sin distinción de autores ni obras, y, al anochecer, contaba a sus compañeros con gran expresividad lo que había leído durante el día. Era extraordinariamente sincero, incapaz de disimular nada, lo que a veces le ocasionó serios disgustos. Esta sinceridad fue una de sus cualidades que le duró toda la vida y que brilla en sus obras.

A Urabayen le gustaba discutir, costumbre propia de los españoles, según aparece en los libros de viajes de muchos extranjeros. Por los chispeante de sus réplicas y simpatía causaba placer oírle, como nos refiere su hermano Leoncio:

Recuerdo que un año, cuando él tendría veintiocho más o menos, durante las fiestas de San Fermín, que celebra Pamplona en el mes de junio, solíamos reunirnos el grupo de amigos, terminada la música de la noche, allá a las doce, en uno de los cafés de la plaza del Castillo. Entre los amigos, había uno que era muy inteligente, Urmeneta, y entre él y Félix se entablaba una discusión sobre cualquier punto, divino o humano, y todos los amigos estábamos pendientes de los argumentos y las salidas de ambos. Aquellos ratos, animados por la gracia, el ingenio y la brillantez de dos temperamentos excepcionales, no se me olvidarán jamás...².

Odiaba sobre todo el gregarismo y en su obra veremos a veces sostener opiniones que se apartaban del juicio de la mayoría, no siempre bien fundamentadas. Tal vez, durante la primera guerra europea se declaró germanófilo por reacción ante el ambiente de aliadófilos que le tocó vivir.

Siguió la carrera de maestro, aconsejado por su maestro Félix Serrano, y se matriculó en la Normal de Pamplona. El último año tuvo que trasladarse a Zaragoza por un cambio de plan.

Durante estos estudios le nació una profunda admiración por la literatura clásica. Por eso veremos en su obra numerosas citas de esta literatura, a veces excesivas, que distraen la idea central. También sigue su afición a las lecturas literarias, que le apartaban de sus estudios principales. Por eso, podemos decir que no fue un estudiante modelo, pero con su inteligencia y buena memoria suplía un poco antes de los exámenes el tiempo perdido anteriormente.

Aparte de los autores clásicos, latinos y griegos, era aficionado a Pérez Galdós, del que encontramos en su obra frecuentes alabanzas³. Por eso reprochó a la Generación del 98 su desprecio por este gran novelista, al que le apodaron «garbancero». Claro que este ataque respondía al deseo de abrirse ellos camino en la literatura.

De la Generación del 98, sus autores predilectos eran Baroja y Ganivet, cuyo *Idearium* le parecía extraordinario. Entre los contemporáneos, admiraba a Ortega y Pérez de Ayala. También era lector asiduo de los autores clásicos del Siglo de Oro español, de los que encontraremos numerosas alusiones.

1. Quizá el elogio que hace, en su novela *Toledo: Piedad*, a un maestro desconocido de un pueblo, al «Pobrecito Sócrates de Maquirriain», se refiera a él.

2. Tomado de Leonard Shaewitz, *Félix Urabayen, Centauro vasco sobre Castilla*, Madrid, Gráficas Yagües, 1963, pp. 25-26.

3. ¡Con qué galanuras de miniaturista relata estos episodios nuestro Balzac español, el genial don Benito! *Tras troteras... santera*, Toledo, 1933, p. 233.

Consiguió el título de maestro nacional y ejerció, por estar cerca de su familia, en Urzainqui, Narvarte, Pamplona. Hizo oposiciones a una cátedra de la Escuela Normal y consiguió la de Salamanca, de donde pasó muy pronto a Toledo. Aquí, permaneció hasta que estalló la guerra civil. Esta ciudad fue para Urabayen lo que fue para el Greco. Le penetró entrañablemente y transformó su personalidad. Podríamos decir que Toledo le despertó todo su hondo lirismo literario que yacía dormido en su tierra natal. Urabayen, como los del 98, fue un descubridor enamorado de la tierra castellana, de su Toledo. Aquí llegó hacia 1914 y, desde entonces, pocas veces salió de la ciudad imperial. En París, le encontramos una sola vez por enfermedad de su mujer, y alguna estancia esporádica en Madrid, se debía a asuntos profesionales. Gregorio Marañón reconoció este enamoramiento obsesivo:

Toledano fue Theocópuli, que había visto la luz en la Grecia remota; lo fue también, como si allí le hubieran parido, Arredondo, a pesar de ser aragonés; como lo es en nuestros días Urabayen, navarro, que pretende disimular su absorción por la ciudad gloriosa, murmurando de ella, pero sin que le crea nadie; como esos hombres que, dominados por una mujer, hablan mal de continuo del sexo femenino, en las tertulias de los cafés⁴.

También encontró en Toledo al Greco y su entusiasmo obsesivo por el pintor cretense no le abandonará jamás. Es curioso la teoría que mantiene sobre su pintura. Para Urabayen el supuesto judaísmo del famoso pintor constituye la clave de su pintura y de su vida. En su primera novela, el Greco será un personaje principal.

Llegó a ser director de la Escuela Normal y se casó con una profesora de dicha escuela, Mercedes de Priede que será la protagonista de su primera novela, *Toledo: Piedad* (1920). En Toledo, lleva una vida tranquila y escribe casi toda su obra, simultaneando el escritor con el profesor. Sin embargo, nunca perdió su vinculación con su tierra natal y solía hacer frecuentes viajes por las tierras de Navarra. Las circunstancias le obligaron a pasar un año en Badajoz, en 1920, donde escribió *La última cigüeña* (1921). Y otra época estuvo en Alicante, entre 1937 y 1939. Aquí escribió su última novela, *Bajo los robles navarros*, como desahogo a sus sufrimientos.

En 1936, fue nombrado Consejero de Cultura por el Gobierno de la República, cargo que desempeña hasta el comienzo de la guerra, trasladándose entonces a Madrid. A los pocos meses, se marchó con su familia a Alicante y allí permaneció hasta abril de 1939, en que regresó a Madrid. Es detenido por la Policía y conducido a la cárcel Conde de Toreno, donde coincidió con Buero Vallejo y Miguel Hernández. Este encarcelamiento fue tan injusto como inesperado. Urabayen no era un hombre político, aunque simpatizara con la República. Era un liberal que no podía silenciar la hipocresía ni la injusticia. La reivindicación de la cultura para la España rural fue en él una constante denuncia. Se le pone en libertad, en junio de 1942.

Al salir de la cárcel, su salud fue empeorando cada vez más. Y al año siguiente, el 2 de febrero de 1943, muere en Madrid, de cáncer pulmonar, cuando estaba leyendo *La conquista de la felicidad*, de Russell, que no llegó a concluir.

4. *Elogio y nostalgia de Toledo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1941, p. 80.

Urabayen novelista

Urabayen escribe su obra de 1920 a 1937. Aunque nació en Navarra, consagró su primer libro, como hemos visto, al paisaje castellano. Este hecho se prolongará durante toda su vida, repartiendo su obra entre Navarra y Toledo. Su primera novela obtuvo un éxito de crítica excepcional y fue elogiada por «Andrenio», Díez Canedo, Cansino Asséns y Félix Lorenzo. De su segunda novela *La última cigüeña*, dirá Germán Bleiberg, en el *Diccionario de literatura*: «es una de las más delicadas novelas españolas de este siglo. Vino a corroborar el talento del escritor que la crítica había anunciado en Urabayen»⁵. En la obra del novelista navarro domina la intención simbólica sobre la realista y sus novelas suelen protagonizar más que a un ser humano al paisaje o a la ciudad.

Para Pérez Ferrero lo que más destaca es su viveza. «Urabayen es vivo, movible, agitado y agitador. Tiene una profusión de ademanes y de gestos sinceros y rápidos. Está presente siempre una fuerza vital de juventud inquieta, indagante y protestataria. Pero, además de todo eso, por las fórmulas conciliadoras, Urabayen muestra su condición de hombre del «98 y medio» -ha podido decirse-, maduro en su prosa por la que ha encontrado la forma de cuajarse en sus libros. Es un excelente prosista con discreción manifiesta de novelista. Y, sin embargo, el trabajar con reposo es su estilo, el colocar la palabra y afinar hasta el límite su sentimiento, el lograr un todo sereno -aparentemente- no le proporciona quietud, interna ni externa, y se lanza desde su provincia, sus provincias, a la contienda»⁶.

Hemos dicho que Enrique Díez Canedo llamó «los epígonos del 98» a los que aparecen próximos a la célebre Generación. Y que, entre ellos, podían estar Pérez de Ayala, Gabriel Miró y Félix Urabayen. Los tres coinciden, como advierte Shaewitz⁷, en el modo de ver el paisaje «como protagonista», como ser viviente, dentro de una diferencia de estilo. La descripción de Pilares en la novela *Tigre Juan*, de Pérez de Ayala, se puede comparar a la estampa del Valle del Baztán, en *El barrio maldito* (1925), de Urabayen. Novelas con temática tan distintas coinciden en el tiempo de su aparición y en la técnica de novelar. En *El obispo leproso*, de Gabriel Miró, Olesa (Orihuela) es la auténtica protagonista, como lo es Oviedo en Pérez de Ayala y Toledo en Urabayen.

Esta concepción del ambiente, no como elemento psicológico, sino como argumento primordial, esta vuelta al paisaje humanizado es lo que los aparta más de la Generación del 98 y los acerca a sus «abuelos» de la Generación del 68. Principalmente a Galdós y Pereda, cuya influencia es bastante clara en Urabayen. Aunque, en aquella remota generación, el ambiente era el marco y aquí se constituye en protagonista. El paisaje, el ambiente, el medio actúa con fatalismo determinante en los personajes.

El crítico Agustín Elías decía ya al aparecer sus primeras obras, en la *Gaceta Literaria*:

Urabayen aporta una nota nueva a la interpretación de la gran sinfonía castellana, no sólo por su estilo maravilloso y zumbona ironía, sino por su personal visión del paisaje, como cosa viva y ser inteligente⁸.

5. *Diccionario de literatura*, Madrid, Revista de Occidente, 1949, p. 162.

6. Miguel Pérez Ferrero, *Centauros del Pirineo*, en *Gaceta Literaria*, I-VIII-1928.

7. Leonard Shaewitz, *Félix Urabayen, Centauro vasco sobre Castilla*, p. 115.

8. Agustín Elías, *Félix Urabayen*, en *Gaceta literaria*, 5-XI-1920.

Lo compara a Azorín, con sus paisajes de breves trazos, al pintor Zuloaga y a la quieta melancolía del 98.

En Urabayen encontramos algo de la fina ironía del gran maestro Cervantes. Suele ensalzar a sus personajes navarros y toledanos, pero cuando llega hasta ellos, se aleja con sutil ironía. A sus «claros varones» los retrata con una antipatía simpática que los hace demasiado mortales, aunque nos deja ver un mundo posiblemente bello e ideal.

Rabioso con las «larvas» toledanas, se aprovecha de la ironía y de la sátira para difamarlas. Urabayen está decepcionado de la humanidad. Y para desahogar esta filosofía de la desilusión sus aliados son el humor picante y a veces el sarcasmo. En su obra está presente un cinismo implacable contra la historia de su tiempo. En la descripción de sus «héroes» abunda la sátira y la ironía.

Su obra *Vidas difícilmente ejemplares* (1930) es una colección de estampas de tipos picarescos, una de las más logradas del novelista navarro. Se parecen a las primeras páginas de *Toledo, la despojada* (1924). Las «larvas» toledanas recuerdan a los pícaros de aquí: *Vida ejemplar de un claro varón navarro*. *El caballero del verde gabán*, y principalmente, *Vida ejemplar de un claro varón de Escalona*.

Desde cierto punto de vista, Urabayen es un escritor de pícaros. Solía decir que lo mejor de España en arquitectura es lo plateresco y lo mejor en literatura, lo picaresco. En todos sus libros encontramos referencias a lo picaresco o ejemplos de pícaros. *Toledo, la despojada* con sus cuatro «larvas» clásicas es un buen ejemplo. Aun sus primeras obras, *Toledo: Piedad* y *La última cigüeña* poseen su porción de pícaros, en tono menor. Igualmente en sus *Estampas* y folletines aparecen estos pícaros, con el nombre de «larvas», «gusanos», «caribes», «águilas», «cretinos», etc. Son también pícaros los contrabandistas de *Centauros del Pirineo* (1928) y los vecinos de Arizcun que odian tan ciegamente a los agotes de Bozate, el barrio maldito. En su obra, *Por los senderos del mundo creyente* (1928), nos dice:

«Donde hay hidalgos ascéticos no faltan pícaros redomados. El pícaro es el hidalgo en tono menor: un hidalgo con la conciencia un poco enlodada, que no en balde anda entre el fango. El hidalgo, a su vez, tiene mucho de pícaro, pues que con unas cuantas misas aspira a hipotecar la Eternidad. Todos son pícaros y todos son hidalgos. Depende de donde pongan la mirada, si es en el cielo, hidalgos; si en la tierra, pícaros...»⁹

Joaquín de Entrambasaguas¹⁰ ha dicho de este gran novelista que encierra una serie de contradicciones que dan mayor interés a su obra. Vasco por los cuatro costados, formado en el ambiente de Navarra, descubre a Toledo, en el comienzo de su madurez, y se convierte en el intérprete de la gran ciudad. Adolescente, en la Generación del 98, no deja en él recuerdo, sino que la repudia constantemente. Coetáneo, en su juventud, del gran movimiento literario del Novecientos, no comenzó su creación literaria hasta veinte años después. De hondo lirismo en su interpretación del mundo, se constituye en prosista a través de su obra, sin la menor concesión a las formas poéticas. De ideología claramente de izquierda reformista, se apasiona profundamente por

9. *Por los senderos del mundo creyente*, Madrid, Espasa-Calpe, 1928, p. 189.

10. *Las mejores novelas contemporáneas*, T. IX, Barcelona, Planeta, 1967, p. 339.

los valores tradicionales de España¹¹. Enamorado de Toledo, hasta el punto de convertir la ciudad en protagonista de sus mejores obras, nadie la ha zaherido como él. Creador de un estilo muy cuidado, de ideales y fórmulas casi neoclásicas, usa a menudo expresiones desgarradas, modernistas. Pero en todo esto, en esta contradicción reiterada, no encontramos matices de indecisión ni fingimiento, sino la manifestación sincera de una personalidad acusada, no muy lejos del espíritu de don Miguel de Unamuno.

Es curioso que muchos capítulos de sus novelas fueron antes artículos de periódicos o folletines, como se denominaban entonces. Quizá esto le hizo perder concentración argumental y acción en la novela y fomentó su evasión hacia la descripción paisajística: campesina o urbana, con una mezcla de erudición, humorismo, arte y literatura, y entreveramiento de juicios personales. A veces, estas estampas de los periódicos eran cuadros costumbristas o viñetas de tipos regionales. En alguna de sus obras la armonía entre estampas y novela era más perfecta y aquellas constituían la «matriz» o un gran auxilio del arte de novelar.

Su arte resultó más acertado, cuando estas estampas nos las ofrece recogidas en un libro... Así, *Por los senderos del mundo creyente* que contienen las más bellas descripciones de la catedral toledana. El autor nos promete darnos «el esqueleto de la verdad metafísica del mundo creyente...». Y como son cinco las naves, cinco son las descripciones que nos regala. O cuando las reúne en *Serenata lírica a la vieja ciudad*, publicadas anteriormente en *El Sol*. Constituyen un elogio a la ciudad imperial, de la que estuvo tan enamorado. Otro de sus libros, titulado *Estampas del camino*, es también una colección de folletines que salieron antes en ese importante diario. Incluye, entre ellas, las *Estampas de mi raza*, es decir, de la raza vasca¹².

Urabayen no se logró como novelista, a pesar de las alabanzas que le prodigaron, como hemos visto, algunos críticos literarios coetáneos. Le faltaba, entre otras cosas, la creación de caracteres. En sus novelas no encontramos esos personajes que se graban en nuestra imaginación, representantes de una época o de un lugar, como advertimos en Pérez Galdós o Pereda. La creación de personajes es la cualidad más relevante del novelista. Se ha dicho que el novelista es el simio de Dios, que intenta imitarle en su poder creador. El diálogo es muy escaso y cuando hablan los personajes lo hacen de manera vulgar e incolora. En sus novelas de ambiente vasco se prestaba a recoger el habla del pueblo tan característica. La acción decae con frecuencia y la tesis argumental es, a veces, forzada, preconcebida por el autor más que nacida de la misma realidad. En sus novelas de ambiente navarro, estamos muy lejos del arte maravilloso y de la profunda penetración de tipos, lenguaje y ambiente de un Pereda.

Urabayen es más escritor que novelista. Aquí, sí las alabanzas son unánimes. Con un lenguaje castizo y clásico, se destaca por el empleo de la metáfora

11. Nadie puede dudar de su creencia en Dios que está presente en toda su obra. Otra cosa es la crítica e ironía zumbona de algunas costumbres religiosas y de los defectos de personajes cristianos, más a tono con la crítica actual. Por eso no nos extraña que algunos de sus juicios llamaran la atención en su tiempo.

12. Su sobrino, Miguel Urabayen, acaba de publicar, *Folletones en «El Sol», de Félix Urabayen*, Pamplona, Príncipe de Viana, 1983. No se habían publicado estos artículos de «El Sol», de forma unitaria en un libro.

y la personificación. Díez Canedo nos dijo que es un Baedeker viviente que nos guía a través de pueblos históricos y paisajes olvidados. Se adentra por los senderos del mundo creyente, pero no con la fe del caballero medieval, sino con «cierto tufillo» erasmista, como se ha escrito.

Como prosista excelente, en estos artículos suele unir una sólida erudición con los valores de las bellezas españolas. Estas estampas nos recuerdan la técnica azoriniana, en que predomina la descripción y evocación sobre la acción y el diálogo. Su visión es original y la interpretación de lo que ve es muy personal y de inconfundible factura literaria.

No son propiamente ensayos históricos, sino narraciones novelescas, en las que su imaginación suele crear personajes o evocar acontecimientos. Sus interpretaciones no siempre son acertadas y objetivas como en el caso de los Reyes Católicos. Pero siempre expresan con sinceridad y personal elegancia literaria sus amores y sus odios y con una independencia propia del que es incapaz de adular a las masas.

La tierra vasco-navarra, en su obra

Urabayen nunca perdió su raigambre navarra y su amor y vinculación al pueblo vasco. Numerosas novelas se centran en personas y paisajes navarros. Y, aun en sus novelas de ambiente toledano, no dejan de aparecer los temas navarros y vascos.

Si exceptuamos breves ensayos, sus artículos periodísticos suelen ser descripciones o narraciones novelescas escritas con soltura y gracia. Resultan interpretaciones personales, a veces, caprichosas.

En su libro *Estampas del camino*, titula la segunda parte, *Estampas de mi raza*. Comienza con el capítulo, *El árbol, pincel del paisaje*, que es casi un poema de la tierra vasco-navarra, donde evoca las sierras de Urbasa, Aránzazu y Andía. Nos dirá que «las viejas arrugas de la paramera castellana, recobrada ya su tersura, son esa orgía de curvas deliciosamente femeniles, que se esconden púdicas entre las largas crenchas olorosas de colinas y senderos»¹³. Pero sobre todo en el siguiente pasaje nos da el símbolo y significación del árbol en la tierra vasco-navarra:

Ya el tren se acerca a las sierras de Urbasa, Aránzazu y Andía. Ya el paisaje asoma sacudiendo aún sus crenchas húmedas por la reciente mojadura. Hasta llegar a la encrucijada de Alsasua, el árbol se presenta como decoración pomposa; ora sirviendo de engañoso pórtico a pueblos de secano, ora enguinaldando tibiamente las recogidas eras. Rara vez al margen del efímero arroyuelo o dormido en la paz quieta del cementerio lugareño.

Individualista feroz, el árbol castellano se niega a morir, ahogado en el hirviente mar de trigales, cuyas desoladas olas invaden el monte y el llano. Enemigo jurado de la risa amarga con que los peñascos se resignan a su triste papel de cantiles de tierra adentro, el árbol huye, tras el vaho sensual de humedad que el aire le trajo de tarde en tarde, luego de haberse hundido en la delicia de una cantarina torrentera...¹⁴.

De San Sebastián nos hace, en el cap. II, *El gesto cordial y generoso de Donostia*, una estampa ditirámica, llena de poesía. Y la continuará en el cap. titulado, *Los resortes espirituales de la hacendosa Donostia*:

13. *Estampas del camino*, Madrid, Espasa-Calpe, 1934, p. 183.

14. *Op. cit.*, p. 181

¡Gentil Guipúzcoa! La del viejo corazón y el vestido modernista. Tu secreto está en la fe, en la gravedad de esta raza que avanza hacia su égira de hegemonía con una unción sacerdotal, arrolladura y magnífica. Quiera Jangoikoa que no se la coman antes los filisteos neos, y los Tartufos de la baja marea política...¹⁵.

En dos capítulos sobre *La musculatura física del pueblo vasco* y *La musculatura espiritual de la raza* nos habla de «la tensión teológica de la raza» y cómo la disciplinada cohorte de curas, frailes y monjas dictan la tónica del paisaje e imponen su esfuerzo industrial y su dinamismo ferviente. Afirma que Vasconia se gloria de poseer el mejor clero del mundo.

Es de particular interés el cap. IX, *Sesís fenómenos vascos esperan un cantor*. Aquí encontramos finísimos atisbos y logros sobre los ríos guipuzcoanos. Hay alguna descripción antológica del paisaje de Guipúzcoa.

En *Vidas difícilmente ejemplares*, podemos leer la *Vida ejemplar de un trovador misterioso* sobre el bardo vasco Iparraguirre, con un profundo sentimiento y ternura de la tierra vasca. Nos dirá que cuando la raza vasca era tan fuerte como los robles de sus montañas, brotó el único yugo sentimental capaz de uncir todos los pueblos eúskaros: el zorcico¹⁶. De Iparraguirre escribe que no era errante rapsoda, ni mísero ciego, sino un mozo bizarro, de espesas melanas y barbas de druida. Tenía además gestos y aposturas de caudillo.

Vuelve a ocuparse de Iparraguirre en su primera novela, *Toledo: Piedad*, en su primera parte *El versolari*. Bajo la sombra del bardo vasco, evoca Fermín su tierra, uniendo el paisaje con los tipos regionales, principalmente en dos capítulos: *La piedra heráldica* y *Los blasones de mi sangre*. Nos cuenta con acento conmovedor la impresión terrible que le producen de pequeño las tormentas -toda su vida fue muy sensible a estos fenómenos atmosféricos-, las invocaciones a Santa Bárbara, la imagen que se forja el montañés del mar, los viajes por la costa cántabra con magníficas descripciones del paisaje y juicios personales de los pescadores y hombres de tierra.

A Navarra le dedica una trilogía novelística: *El barrio maldito* (1925), *Centauros del Pirineo* (1928) y *Bajo los robles navarros* (1965). Urabayen se refugia en las idílicas tierras navarras, como desintoxicación de sus problemas toledanos.

El barrio maldito versa sobre el problema de los agotes, sitos en el barrio de Bozate, en Arizcun. En el *Prólogo* aparece ya una poética descripción del valle del Baztán, con un «soneto de égloga», de gran belleza. Las tres partes de la obra llevan por título tres nombres femeninos, los tres amores del protagonista: Sara, Dionisia y Rut. Cierra la novela el *Epílogo* con un «soneto carnal».

Cada una de las partes es una etapa de la vida de Pedro María Echenique, el protagonista vulgarmente llamado «Pedro Mari, el de Maisterrena». Como fondo histórico y social vemos el problema racial de Arizcun, el pueblo navarro hidalgo y católico, en relación con el barrio de Bozate, donde viven aislados los agotes, supuestos descendientes de leprosos o de judíos, como los «vaqueiros», de Asturias o los «chuetas», de Mallorca.

En la primera parte, la amante de Pedro Mari vendrá a ser Sara de Bozate, agote que más tarde se irá a París para ser cortesana, mientras él realiza negocios con éxito. En la segunda parte, su mejor negocio será una taberna en

15. *Op. cit.*, p. 187.

16. *Vidas difícilmente ejemplares*, Madrid, Novelas y Cuentos, 1930, p. 59.

Pamplona y su mayor triunfo económico, su matrimonio con Dionisia, mujer de la Cuenca, sin belleza, pero fuerte, sana, trabajadora y gran cocinera. Ella logra transformar la taberna en una de las posadas más célebres de Pamplona, por su limpieza y buena mesa. Pedro Mari no puede ser feliz con Dionisia, áspera y dura, aunque fiel, acostumbrado a la ternura de Sara. También contribuye a su riqueza su oficio de contrabandista que, según Urabayen, es la profesión innata de todo navarro.

Más tarde, muere Dionisia y el millonario Pedro Mari inicia relaciones amorosas con Rut, sobrina de Sara, y como ella con nombre bíblico, según costumbre de los agotes. Estuvo sirviendo en la taberna y logra poner un establecimiento parecido cerca del barrio de Bozate. Pedro Mari va a tener un hijo de ella y profundamente enamorado se casa, contra todos los prejuicios de los arizcuntarras. Apoyan el matrimonio las autoridades y el cura del pueblo. Construyen su casa solariega en el barrio maldito y, aunque no logra la unión de éste con Arizcun, espera que la consigan sus hijos. Por eso nos describe así la ceremonia nupcial:

Y ahora tú, Pedro Mari Echenique de Arizcun, y tú, Rut de Bozate, al casaros habéis fundido el escudo nobiliario del Baztán. Las casillas negras estaban formadas por los agotes; las blancas, por los baztaneses. La Iglesia, al uniros, ha roto este tablero de odios... Tú, Pedro Mari, has sido la atracción artística, que es la embriaguez más alta. Gracias a tí, Bozate será piedra sillar, cimiento eterno de un pueblo, y quién sabe si, andando el tiempo, corazón del mundo, como fue Jerusalén...¹⁷.

Con una técnica novelística de mayor madurez que la de las anteriores novelas y un sencillo argumento ha logrado una obra de gran calidad humana. Hay pasajes bien logrados. Por ejemplo, las preparaciones gastronómicas de la fiesta patronal; la conversación, llena de ironía del indiano Elizalde con Pedro Mari; el elogio discreto de las dos Navarras, con la descripción de las fiestas domingueras de las dos regiones, la Montaña y la Ribera, para terminar con las fiestas de San Fermín; el comentario y descripción de la Cuenca pamplonesa; el cuadro de la taberna de Pedro Mari, con los gustos gastronómicos del autor; la original descripción de Elizondo; las luchas sordas entre los de Arizcun y el barrio de Bozate. Y se completa con retratos de tipos muy logrados, como Arrarte el Valeroso, Izurdiaga el bailarín, Lizarbe el soñador, etc. Urabayen refleja un gran conocimiento del alma y el paisaje navarros, expresados con fuerza y originalidad.

En esta novela se alude reiteradamente a la vida agitada de los contrabandistas. Esta vida dio el tema para su novela *Centauros del Pirineo*. La vida aventurera y agitada, al margen de la ley, de los contrabandistas se nos relata con una fina observación, un profundo sentido humano e incluso épico y romántico. En su visión de estos hombres encontramos muchos puntos de contacto con los bandidos de Sierra Morena, con todos sus defectos y virtudes. Braulio Garmendia simboliza el prototipo de estos centauros y es el protagonista de la novela, en el que se mezclan las aventuras contrabandísticas y amorosas.

Supera a las novelas anteriores por su equilibrada estructura, su ritmo narrativo muy perfecto y su acción dinámica. Sobresale también, como las anteriores, el profundo conocimiento de su tierra natal y de la psicología de sus

17. *El barrio maldito*, p. 256.

paisanos, que supo penetrar tan hondamente. Sus personajes aparecen con tal fuerza vital y tan enraizados en su tierra que consigue una gran armonía entre el paisaje y el personaje, y, a veces, nos recuerda a Pereda o Blasco Ibáñez.

Encontramos en la novela páginas antológicas. El amanecer de Pamplona, con que comienza la novela; la evocación de sus tipos y la descripción del monte desde Oriain a Nájiz:

Es una mañana clara, sonriente y azul, en un día de abril, allá por el año de 1890. Ya la vieja piedra de las murallas pamplonesas ha empezado a caldearse con los ardorosos besos del padre Sol. Ríe la piedra milenaria en las poternas, se inclina abatida la hierbecilla humilde en los fosos, van emergiendo despacio los montes lejanos, despedanzándose todavía entre las blancas sábanas de la niebla madrugadora...^{17-bis}

Queremos resaltar la escena de Braulio y sus compañeros contrabandistas, muy ágil y pintoresca, que se rompe con la muerte de Crescencio; las observaciones sobre los contrabandistas y carabineros; la bellísima descripción del puerto de Velate; el cuadro tenebrista, a lo Solana, de la reunión de contrabandistas en la posada de Mugaire y la llegada del capitán de carabineros, quien, al ver entre ellos al alcalde y a su suegro, exclama: «Por lo visto, en Navarra, no hay más que curas, frailes y contrabandistas...». Y carabineros, se le contesta. Sobresale la escena del concurso de aizkolaris, de gran valor folklórico y el «humorismo zumbón, un poco corruptor de la vieja raza vasca», como escribe Urabayen.

Otra de sus novelas con tema completamente navarro es *Bajo los robles navarros*, que la compuso, en 1939, y se publicó bastantes años después de su muerte. Va dedicada al último romántico, Antonio Machado. Sirven de lema a cada uno de los capítulos unos versos del poeta. En *la Advertencia al lector*, nos dice su hija María Rosa: «Está en ella todo Urabayen, con su ática ironía, su obsesión simbolista y sus ojos llenos del paisaje norteño».

Está escrita recién terminada la guerra civil, en días duros y conflictivos para el autor, y «es el sueño nostálgico de un hombre que trató de olvidar sus angustias y dolores en la añoranza ilusionada de unos años lejanos y felices». Sitúa la acción en su Navarra norteña y en Pamplona. Nos encontramos con cuadros magistrales del paisaje en los que era un gran maestro Urabayen, de sus habitantes, de su mundo, tan bien observado por el autor. La acción a buen ritmo y el lenguaje sencillo y castizo, muestra quizá la madurez del novelista, en su hacer literario. *Bajo los robles navarros* es una novela impregnada de humanidad y de poesía, compuesta con el fin de olvidar momentos angustiosos y tristes en la vida del autor.

Aparte de estas tres novelas con el tema totalmente navarro, escribió otras, en las que también está presente Navarra y el País Vasco.

Ya hemos visto cómo en su primera novela, *Toledo: Piedad*, se evoca la figura del bardo vasco Iparaguirre. El protagonista Fermín, formado en Navarra, en sus andanzas de pintor se enamora de Toledo, como de un amante difícil y descubre su entraña judía y su cultura árabe y cristiana. Piedad es hija de un artista forjador que se casa con Fermín. En la primera parte trata de su familia, su historia personal y de su tierra natal. En la cuarta parte, *Corazón cristiano*, nos relata con rasgos autobiográficos los amores de Fermín con

17-bis. *Centauros del Pirineo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1928, p. 11.

Piedad con quien se trasladará a sus tierras navarras. La descripción muy lograda del taller del orfebre de hierro del padre de Piedad, se podría identificar con el taller de Julio Pascual, amigo del autor. Y a Piedad con la mujer del autor, Mercedes de Priede, como dijimos. Al final, la vuelta del protagonista ya casado, a las deliciosas y pintorescas faldas del Pirineo, enlaza con el comienzo de la novela. Su vida, al pie del «bendito Pirineo» ancestral, constituye la liberación del intelectualismo toledano:

Hay que volver a la tierra, Piedad. Toledo acaba por desequilibrar los nervios más templados; el caserío los entona. Sólo el campo cura todas las intoxicaciones y todas las extravagancias morbosas del fariseísmo ciudadano... Yo también necesito afianzar mis pies en el Pirineo. Cuando más afinco mis raíces espirituales en este solar, más pronto pierden mis pensamientos su vaguedad inicial...¹⁸.

Urabayen estuvo un año en Extremadura, como maestro. Esta fue la ocasión de su segunda novela, *La última cigüeña* (1921), una de sus obras más populares, en la que se libra de la obsesión toledana. El símbolo argumental se contiene en el *Motivo sentimental que puede servir de prólogo* que constituye la introducción. En él se evoca a Navarra en las dos figuras históricas de Pedro Navarro, el guerrero, y Julián Sarasate, el artista, quienes encarnan las dos sendas que ha elegido el pueblo navarro. *Las dos sendas*, subtítulo de la introducción, están representadas en el río y la carretera, que a veces se abrazan o se separan. «Efectivamente -escribe Urabayen- desde el Roncal hasta Urzainki, la carretera y el río caminan juntos, en pleno idilio». Y añade: «Por el río bajó un día un almadiero navarro; por la otra senda, más lenta, más sólida y más segura, llegó a Pamplona Gayarre». El capítulo simbólico termina con estas líneas:

¡La carretera y el río!, peregrinos incansables, por donde fueron todos los aventureros de la raza... Vuestro dominio es tan grande que no permitís otro oficio al que huye de la montaña que la almadía o la fragua, es decir, la carretera o el río...¹⁹.

Su estructura novelesca es idéntica a la de la anterior, incluso en algunos rasgos autobiográficos. En la primera parte, *Juan Miguel Iturralde*, nos retrata al protagonista y a su familia, que tienen su raigambre en el valle del Roncal. Sus paisajes abruptos y sus tradiciones y costumbres se nos describen con acierto e inspiración, ya que el autor conocía muy bien su tierra natal. En la segunda parte, *Soledad Alvarado*, figura central, vendrá a ser la esposa de Juan Miguel, en Badajoz, adonde ha venido Juan Miguel con la empresa de crear centrales eléctricas. En la tercera parte, *Las cigüeñas*, representan el símbolo de la comarca, ya que cuando llega una cigüeña de fuera le deshacen el nido y le hacen huir... Juan Miguel ve deshecho su nido por fatalidad de la vida -su esposa muere de infección, cuando va a dar a luz y se marcha a Bilbao. El autor exclama: ¡«¡Extremadura acaba de perder su cigüeña!».

La visión de Extremadura es negativa, contrapuesta, como siempre en este autor, a la de su región vasco-navarra. Las mejores páginas son las descripciones roncalesas, la trágica muerte de Soledad, de un realismo angustioso, y el rápido final del *Epílogo* que como en la novela anterior cierra el relato.

Generalmente en sus novelas navarras supera el simbolismo de las toledanas y se acerca más a la narración costumbrista y pintoresca. Tenemos un ejemplo en la descripción que hace de los Sanfermines, en *El barrio maldito*:

18. *Toledo: Piedad*, Madrid, Espasa-Calpe, 2.^a edic, 1934, p. i81.

19. *La última cigüeña*, Madrid, Novelas y Cuentos, 1930, p. 13.

¡Las fiestas de San Fermín!... Pensando en ellas durante todo un año, el aprendiz metía calderilla en la hucha...

Del 6 al 12 de julio, la bacanal era continua. Se bailaba en la plaza del Castillo con una inquietud dionisiaca de sesenta por hora. Se apostrofaba a los ediles desde el tendido con un ademán tribunicio que hubiera envidiado César. Rugía la raza en plena galerna de dinamismo y de vino riberano... Nadie pensaba en dormir, ni en sentarse, ni en la conveniencia de callar unos segundos. En una ciudad tan religiosa, triunfaba Dionisios, el dios de los entusiasmos y el ruido. Y el pobre San Fermín, sin comerlo ni beberlo -ya comían y bebían a su salud los feligreses- se encontraba con una semana de culto pagano, sin un solo gesto ascético ni el menor instante cristiano de recogimiento. Atenas triunfaba frente a la catedral; Baco, con su gran bota en alto, presidía unas fiestas esencialmente católicas...²⁰.

Sigue el autor describiendo largamente las fiestas pamplonesas. Es la visión por dentro, tal como la ve un navarro, opuesta a como la ve un extranjero, que es el caso de Hemingway, en su novela *Fiesta*, aunque vaya llena de colorido.

Urabayen nunca se olvida de sus compatriotas del Norte y continuamente hace alusiones, establece comparaciones con ellos, intercala máximas o definiciones relativas a vascos y navarros.

En *Toledo: Piedad*, compara el vasco con el griego:

Y como el vasco, lo mismo que el griego, es de una raza estética por naturaleza, he ahí por qué tenía por garganta un pájaro cantarín...²¹.

En contraste con las «larvas» toledanas nos da el retrato de un héroe navarro:

...fuerte, cauto, prudente; poseía todas las virtudes cardinales de las razas sanas y jóvenes. El misterioso bostezo con que la Naturaleza despierta le tenía sin cuidado²

A propósito de su abuelo explica las musas mayores del vasco:

Las musas mayores del vasco son el contrabando, la pelota y el canto. Las musas de estos tiempos prosaicos tienen un escalafón; pues bien, en las tres fue mi abuelo el número uno³

En *El barrio maldito* nos da un retrato del baztanés:

Verdad es que la mirada vasca no idealiza mucho. Si un baztanés se encuentra en el trance del amoroso Paris, no entrega la manzana a ninguna diosa y no por eso hubiera quedado mal. Enterrando la fruta, plantaría un árbol, después veinte, luego doscientos... Y asegurada ya la cosecha mandaría una cestita de manzanas a Juno, otra a Palas y la tercera a Venus. El resto, un buen vasco se lo guarda siempre²⁴.

Y en otros pasajes:

El baztanés no siente el paisaje sino después de hacerse rico. De joven sólo piensa en volar; y si pudiera, vendería la risa pagana de los campos verdes al mismo precio que Esaú la primogenitura²⁵

El buen baztanés propende siempre a la acción; por eso es un buen contrabandista. Diríase que lleva el cerebro en los pies, a juzgar por lo que le cuesta entender cualquier idea, sobre todo si va envuelta en ropaje algo retórico. Toda su agilidad la concentra en manejar monedas; con los vocablos se hace un taco²⁶.

20. *El barrio maldito*, p. 65.

21. *Toledo: Piedad*, p. 14.

22. *Centauros del Pirineo*, p. 60.

23. *Toledo: Piedad*, p. 12.

24. *El barrio maldito*, p. 21.

25. *Op. cit.*, p. 39

26. *Op. cit.*, p. 20

La comparación entre Castilla y Vasconia le brota con frecuencia:

Irurita es a Elizondo lo que Toledo a Madrid: la que por ley natural debió ser cabeza del valle, acabará en arrabal²⁷.

Toledo, en su obra

Toledo va a ser el otro gran amor de este novelista. A la ciudad imperial le va a dedicar una trilogía de novelas: *Toledo: Piedad* (1920), *Toledo, la despojada* (1924) y *Don amor volvió a Toledo* (1936). Las tres encierran un simbolismo. Una mujer (Toledo) rica y hermosa es cortejada por mil adoradores. Cada uno la explota sin escrúpulos, pero sin cambiarla ni destruir su personalidad. Urabayen, enamorado de Toledo lo mismo que el Greco, gustaba de pasear, observar las gentes y descubrir que Toledo era una ciudad desconocida, pero renovada. La comparación entre Orihuela y Miró, Oviedo y Pérez de Ayala, Salamanca y Unamuno, Toledo y Urabayen, es perfecta. Su amor a Toledo le indujo a poner en evidencia el abandono en que se encontraba la gente humilde y el despojo artístico de la ciudad. Estos problemas los recoge en esta trilogía que podemos definirla como denuncia.

Con *Toledo: Piedad* nació el novelista y el cronista de la ciudad imperial. En esta, como en sus primeras obras, hay mucho de autobiografía. Aquí, advertimos las grandes inquietudes del autor: el descubrimiento de la ciudad, su despojo y su industrialización. El protagonista es Fermín, un vasco, formado en Navarra. Va a Toledo por motivos de su profesión de pintor y se apasiona de la vieja ciudad. Por eso escribe Urabayen:

Para mí, Toledo no ha muerto. Se ha dormido como una sultana cargada de joyas magníficas, restos de un pasado luminoso que, al huir para siempre, dejó impresa en sus murallas, no la pesadumbre trágica de las cosas que mueren, sino el encanto suave, resignado y poético de las cosas que se van. Y se ha dormido sonriendo, arrullada por el Tajo, que, al rodearla casi por completo en un abrazo inacabable, va deslizando su oído, entre el correr de sus aguas, las inmortales estrofas de Manrique²⁸.

Aunque, al principio, el ambiente de la novela es de su tierra norteña, al llegar a Toledo se despidió de las canciones de Iparraguirre para cantar las glorias del Greco de Toledo. Fermín, como el autor, queda obsesionado con el pintor y la ciudad. Penetra el alma de los dos y observa el supuesto judaísmo del Greco y de Toledo, como clave de sus historias. Diez años después, defenderá la misma opinión, un tanto desorbitada, en *Vidas difícilmente ejemplares*. El respeto de Urabayen por la sensibilidad e inteligencia judías aparecerá en toda su obra. Claro que también será Toledo la ciudad de los moros y de los cristianos y esta parte de su historia también cautivará su imaginación. Toledo será para él:

calles silenciosas, adormecidas entre piedras cristianas, arcos mudéjares y flecos semitas²⁹.

La conjunción de lo vasco con lo castellano es vista por Urabayen, como signo de esperanza:

27. *Op. cit.*, p. 11.

28. *Toledo: Piedad*, p. 48.

29. *Op. cit.*, p. 28

Hormiguitas vascas; nobles hormigas intelectuales incubadas en el granero de la alta banca o en la solana bilbaína de los escritorios. Si tanto amáis la raza ¿por qué no os aproximáis a la Ruth castellana? ¿Es que no queréis tener descendencia divina?³⁰.

Toledo (Castilla) es simbolizada por la mujer Piedad, que está enferma, encerrada, muerta en vida. La salvará un pueblo joven, trabajador, sin prejuicios históricos, que no mira al pasado. Esta concepción de Castilla, necesitada de la tutela varonil del País Vasco, se repite en otras obras de Urabayen.

Fermín no es el hombre frívolo que busca su liberación en la ciudad, frecuente en las novelas del XIX. Es el hombre intelectual que se preocupa e inquieta por descubrir e interpretar tantos siglos de cultura, conservados en la ciudad-museo y que terminará por irse a la quietud de su tierra natal para reposar de sus fatigas investigadoras y de los conflictos toledanos.

En *Toledo, la despojada*, la técnica novelística de Urabayen es distinta de la anterior. No consiste en una acción novelesca que sirva de evocación a la ciudad dormida. Aquí, Toledo es observada sin piedad y con una mirada realista, irónica, de novela picaresca. Aparecen sus chismorreos, sus pasiones, sus intrigas, sus picaros y traficantes. El autor no advierte los valores humanos y rasgos positivos. No ha sabido superar, como Unamuno en Salamanca, el ambiente fétido y negativo de la ciudad.

En esta obra no está presente Toledo, el Toledo evocado tan certeramente por el novelista en otras ocasiones. Tropezamos más bien con seres humanos vulgares que se daban en cualquier ciudad española de aquella época.

Comienza la novela con la descripción de estas «larvas» de Toledo que están cerca de *Los españoles pintados por sí mismos*. Después vendrá el desarrollo de estos personajes en la vida cotidiana de la ciudad: los chamarilleros, anticuarios, prestamistas, eruditos y letrados. Aquí, se siente más conocedor del secreto de Toledo, en su vida oculta, en su envés. Las descripciones eruditas de la anterior novela ceden a las descripciones de la vida de la ciudad. Las descripciones arqueológicas, históricas y artísticas de la ciudad las vivifica con la acción, sin el fracaso de la guía anovelada de José Más, en la *Locura de un erudito*, como advierte Entrambasaguas.

Sobresale en la obra la figura de la Diamantista, casada con un alemán, a quien engaña con diversas «larvas» de la ciudad³¹. Cada «larva» la requiere sucesivamente y la van despojando de sus riquezas, de su hacienda y de su corazón. Solamente el capellán erudito, símbolo de Toledo, como lo es, al fin, la Diamantista despojada, le ha permanecido fiel.

Finalmente, esta mujer, vieja como la ciudad imperial, se da cuenta que se ha dejado despojar de todo irremediabilmente, de su belleza, de su fortuna, de su juventud, hasta de su nombre.

El final de la novela posee la amargura y la desolación de un anochecer en Toledo, cuando las campanas suenan a lo lejos y oímos el sordo gemir del río. Esta mujer podría confesarnos la misma queja que el capellán:

Espiritualmente me pasa lo que al Tajo, que recoge todas las cloacas de la ciudad. Por eso son tan terribles mis sueños. Le tengo miedo a la noche. Sólo despierto soy cuerdo; sólo a la luz del sol gozo la vida real³¹.

30. *Op. cit.*, P. 83.

31. Según escribe Shaewitz, la leyenda de esta Diamantista, del siglo XIX, es conocida, en Toledo, aun hoy día. A las orillas del Tajo, a los pies de la ciudad imperial, existe su legendaria casa que él visitó.

El mayor acierto del novelista ha sido saber fundir la tristeza, la desolación del ambiente paisajístico de Toledo al atardecer con el estado anímico de la Diamantista y la tribulación espiritual de su vejez.

Quizá le falte en esta obra cierta serenidad y equilibrio frente a las debilidades humanas. La tierna ironía y el humor satírico y comprensivo de Cervantes está ausente. Encontramos, al contrario, el sarcasmo, la frase mordaz y cruel con que fustiga las «larvas» toledanas. Alza su látigo con ira sobre las espaldas de sus personajes que, a veces, no son más que pobres diablos.

Don amor volvió a Toledo es la última de la trilogía toledana y la última que publicó en vida. Es una novela fina, de prosa limpia, cuya tesis es el problema del despojo y el problema de la liberación de Toledo de unas costumbres y de un pasado que la burguesía cree inamovible. Entrabasaguas la incluye en la antología de *Las mejores novelas contemporáneas*. Con un fatalismo, en el que pesa, sin duda, el alma toledana misma, Urabayen personifica la ciudad, con el antiguo simbolismo de la poesía árabe, en la doncella Leocadia, nombre de la virgen patrona de Toledo, de tan bella leyenda hagiográfica. El nombre aureolado de tragedia y poesía es bien significativo.

Leocadia, la protagonista, rechaza a sus pretendientes que se enamoran de su riqueza y hermosura, ya que la defraudan en la intimidad. Su tío, don Inocente Meneses, beneficiado, se alegra porque la ama como a su hija, símbolo de la ciudad que desea íntegra para sí. Más tarde, se entera que su sobrina quiere casarse con el ingeniero, Lorenzo Santafé, que viene a transformar la ciudad, a construir una empresa hidráulica y establecer un sistema de riego, a cambiar la ciudad histórica, inculta, cerrada, en la ciudad industrial, de construcciones modernas, abierta a la civilización. El capellán erudito, enamorado de la ciudad antigua, que mira únicamente al pasado, prefiere dejar morir a su sobrina, dispuesta a entregar sus propiedades y riquezas a esta obra de progreso, que bendecir su matrimonio y fuera de sí hasta la locura exclamará:

-¡Nunca, nunca serán suyos, aunque tenga que morir, aunque tenga que matar! Yo salvaré a mi sobrina y a Toledo. Yo, el administrador cuerdo y el capellán loco...³².

Y termina la novela con las palabras del capellán ante el cadáver de Leocadia, que en un momento de delirio febril, en su grave enfermedad, soñando con su amante, se ha tirado por el balcón:

-Qué hermosa está -sollozó Marieta acercándose-. Parece que aún tiene vida...
-Es verdad -asintió el capellán-; parece que vive, pero está muerta. Como la ciudad...³³.

También en esta novela aparecen las «larvas» toledanas en ese Toledo vivo, como Urabayen las denomina, ya que serán los futuros gusanos que acabarán con el Toledo que adora el autor, el Toledo muerto, pero eterno, como el cadáver de Leocadia.

La terrible familia de los Meneses, hidalga y poderosa, a la que pertenece Leocadia, nos recuerda a la no menos terrible de los Montenegros, de Valle-Inclán, pero con menos grandeza y personalidad.

Urabayen ha sabido pintar en ésta, como en las otras dos novelas, las tres ciudades históricas: la cristiana, la árabe y la judía, que siente profanadas por

32. *Don Amor volvió a Toledo*, p. 177.

33. *Op. cit.*, p. 206.

los toledanos que él conoció. Y en los tres amores de Leocadia ha querido simbolizar el amor de esta triple ciudad. Esta actitud del autor contra los toledanos de su tiempo la dramatiza en la novela hasta el suicido y la locura.

En *La última cigüeña* vimos cómo el protagonista, Iturralde, va a Badajoz con el proyecto de crear saltos de agua y centrales eléctricas -¿antecedente del plan Badajoz, en tiempo de Franco?- lo mismo que en esta novela vemos al ingeniero Santafé tratar de transformar la ciudad de Toledo con un plan de presas en el Tajo y de sistemas de riego.

En la novela encontramos pasajes de calidad literaria, como la caricaturesca descripción de la casa de don Inocente con sus extraños cuadros. En ellos quiso, como un nuevo Miguel Ángel en la Sixtina, meter a sus enemigos para tenerlos presentes. La figura de don Inocente es una de las más logradas. Alto, seco, sarmentoso, coadjutor de la parroquia de Santa Leocadia y capellán mozárabe de la catedral, Urabayen pone en su boca sus entusiasmos y conocimientos de la historia y el arte de Toledo.

Estructuralmente quizá sea la novela mejor lograda. Como en *El entierro del Conde Orgaz* ha sabido fusionar los dos planos de la ciudad venerada, llena de historia y arte, y de la vilipendiada Toledo que él conoció, en el simbolismo de Leocadia. No le interesa plasmar, como en las dos anteriores, la oposición entre las dos ciudades.

Quiero terminar este artículo advirtiendo que Urabayen es un escritor y novelista, olvidado en estas últimas décadas. Solamente he encontrado dos estudios especiales. Una tesis doctoral, del norteamericano, Leonard Shaewitz, y un estudio introductorio de poco más de veinte páginas de Joaquín de Entrambasaguas, a la novela *Don Amor volvió a Toledo*, incluida en el t. IX de *Las mejores novelas contemporáneas*, como hemos visto en este trabajo. No hay duda que tanto el hombre como su obra están incitando a un estudio más completo, desde el punto de vista de la crítica de hoy.